

bía dejado atrás en busca de un mundo inacabado. [pág. 27]

Vivía entre oficinas donde a fuerza de normas y de encantos que dan el equilibrio y el salario, fabricaba opciones de vida infalibles para la gente necesitada, opciones que al final no terminaban en nada pero servían para generar un sentimiento de poder y reafirmación de la existencia. [pág. 43]

En diecisiete capítulos y un epílogo se desarrolla esta historia de masacres, anhelos de superación, el goce de la vida y un final trágico. Es una novela estructurada en fragmentos que el lector debe unir para extenderla lineal en la mesa de su mente. No hay sorpresa ni en la historia ni en la manera como se narra. Es más, el lenguaje utilizado por cada uno de los actores parece ser el mismo.

El autor utiliza el recurso de poner a sus personajes a recordar, a partir de un momento presente, y con el recuerdo reconstruir el pasado de cada uno. Personajes que se salvan a partir de su encuentro, aunque el vórtice de la tragedia los consume al final dejándole al lector sólo la amargura de una cruda realidad.

Cuando las rememoraciones toman cuerpo, hay intromisiones del narrador en el desarrollo de la historia. Por ejemplo, en el primer capítulo, donde se narra la masacre de los finqueros a manos de los muchachos, no se sabe quién recuerda, parece una memoria colectiva. Con denominaciones como los *muchachos*, con minúscula, se confirma el traslado a la ficción de un lenguaje popular que, aunque parezca contradictorio, en la novela identifica muy poco a la realidad. El Ejército es el único que parece tener identidad propia, aunque aparezca en escena en muy contadas ocasiones. Los demás son una sociedad civil inerte, unos muchachos sedientos de sangre y unos campesinos y propietarios que tratan de defenderse, igualmente sanguinarios por culpa de la intolerancia.

Como testimonio de una realidad es una novela que debe leerse, no

hay duda, aunque desde el punto de vista artístico no haya novedad ni estructural ni de lenguaje capaz de conmocionar el arte de narrar en nuestro medio o de ser una mirada renovadora del trágico destino de nuestra nación.

Quién escribe

Aníbal Llano nació en 1955 en Tuluá (Valle del Cauca), el mismo solar nativo de Gustavo Álvarez Gardeazábal, cuya novela *Cóndores no entierran todos los días* es justamente una de las pocas que ha salvado la crítica de la lista negra de las escrituras inservibles del siglo XX.

Aníbal es más conocido como economista, título que obtuvo en la Universidad del Valle, y debido a ello es consultor en planificación y en desarrollo regional. No obstante, le queda tiempo para las actividades artísticas, y es entonces cuando aborda la escultura y la literatura, con las cuales reafirma su creencia en el ser humano como “un ser creativo y multifacético por naturaleza, a pesar de los temores sociales que lo llevan a ser especialista”.

BENHUR SÁNCHEZ SUÁREZ



Desde el mundo interior de un “narrador minúsculo”

Las orejas del lobo

Antonio Ungar

Ediciones B, Bogotá, 2006, 143 págs.

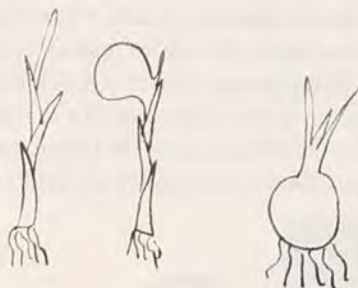
Hay un tinglado de fiesta en un colegio. Un escenario, un público, unos actores. Y hay un lobo. O mejor, un tigre disfrazado de lobo, porque tiene dos grandes orejas de lobo, que espera temblando entre bambalinas el momento en que le corresponda salir y recitar su parte. Y el lobo tiembla, porque el tigre tiembla,

porque el niño que es tigre, aunque nadie lo sepa, y está disfrazado de lobo, tiembla. Y es que la siente. Aun aquel día en que todo parece renacido y la madre y la hermana, que es otra vez gato maullante y remolón, y tal vez el hombre gordo que ríe con todos sus bigotes y es el ser más feliz y risueño del mundo, están ahí. Aun así la siente, a la sombra. Al fantasma que ulula sobre toda la sabana y lo busca para que no pueda reír más, para que deje de ser tigre feliz y vuelva a ser perro apaleado y lastimero. Para que no pueda olvidar que hubo un ser que hace ya mucho tiempo no era sombra sino hombre de carne y hueso, oloroso a tabaco y a colonia, risueño y fuerte al volante de su camioneta roja y sentado en el sofá. El sofá de papá, con la carne y los huesos de papá. Con sus manos y sus ojos claros. No como ahora, que es solo un fantasma que busca y amenaza. Que no quiere dejar que él y la madre y la hermana, sigan su propio camino. Que no se resigna al olvido.



Este es el episodio final de una serie a través de la cual el escritor Antonio Ungar nos presenta el conflicto central de su personaje, el niño, ser pequeño que enfrenta la disyuntiva de permitir que el pasado lo fije al dolor y a la nostalgia, o, por el contrario, alcanzar el olvido y con él la vida nueva y la felicidad. Batalla última prefigurada ya en esa larga jornada de fiesta que el niño recordará con cierta sombra de amargura, cuando abandona en brazos de la madre la sala en la cual se encuentran jugando ajedrez el padre y alguien que dice ser su tío, y se retira a su habitación. Tiene tres años

y es más alto y más flaco que la mayoría de chicos de su edad, porta con alegría una espesa mata de cabello rojo y sabe que aparenta ser niño, pero que en realidad, aunque nadie lo sepa, es otro ser. Un ser distinto y fuerte que arranca astillas con sus uñas a los árboles sobre los cuales trepa, que salta desde alturas inverosímiles y que acostumbra a contemplar la sabana en silencio, inmóvil, en la rama más alta de los eucaliptos. Ese niño, que es un tigre, aunque nadie lo sepa, cae rendido de sueño sin haberse siquiera despojado de su ropa de fiesta. Y sueña. Sueña un sueño terrible que lo perseguirá sin tregua desde entonces y que solo tras un arduo esfuerzo lo logrará superar.



No sabe exactamente cómo sucedió, pero desde aquella noche la madre dormirá sola en su cama y el padre se convertirá en un fantasma. Un fantasma que ha de venir de vez en cuando conduciendo su camioneta roja, que golpeará la puerta de su casa y saludará cordialmente a la madre, jugará con la hermana pequeña y lo arrojará al aire a él, como solía hacerlo en otros días. Pero que ya no será nunca más el padre, sino su sombra, su aparecido fantasmal tratando inútilmente de ser quien ya no es. Intentando abandonar ese triste papel de fanteoche desnudo que el niño pudo ver en su sueño, que corre y golpea los vidrios de la cocina y

[...] lanza en una ridícula patada voladora su escuálido y blanco cuerpo contra la puerta también de vidrios cayendo en una larga carcajada al suelo.

A partir de aquí y a lo largo de una serie de peripecias y avatares, que cerrará su ciclo en aquella jornada teatral y sus orejas de lobo, el escritor Antonio Ungar narra la epopeya del niño, ser primario, salvaje y limpio, enfrentado a la disolución de su familia, a la ruptura del mundo conocido, a la necesidad de descifrar una realidad incomprensible y mediocre a la cual tendrá que adaptarse y en donde se verá obligado a fundar otra vida, un mundo en donde de nuevo pueda ser feliz.

La vida cotidiana que poco a poco va moldeando la dúctil naturaleza de un niño corriente, preparándolo poco a poco para descifrar y construir adecuadamente el mundo de los adultos del cual, eventualmente, formará parte un día, tratándose de nuestro niño, se convierte en una pesadilla. Pues hay que ir a la escuela, como todos, pero no todos tienen que abandonar el viento de la sabana, ni los cerezos entre los cuales se persigue a la hermana, que es un gato, ni la montaña desde la cual se mira el mundo. Ni todos tienen que recordar el fantasma del padre que aúlla y se ríe como un demente, ni tienen que ver a la madre durmiendo sola y buscando afanosamente la manera de salirle al paso a un mundo en donde ya no cabe la felicidad. De manera que por una razón primero, y luego por otra, sufriendo la humillación de haber dejado, por primera vez, de ser tigre, para hacerse perro asustado y triste que corre con el rabo entre las piernas, el niño es suspendido y luego expulsado del colegio. Y lo peor es que ya no puede volver a su casa en la mitad de la sabana, en la mitad del viento, sino que tiene que mudarse con su hermana y con su madre a la ciudad del frío, en donde el horror toma las formas más atroces y volviéndose abuela, tía o primos se multiplica y se hace intolerable.

Pero lo que nos quiere mostrar Antonio Ungar va más allá de la descripción, más o menos pormenorizada, de la demolición de un mundo. Porque al fin de cuentas de lo que se trata realmente es de la batalla que libran el niño, su hermana y su ma-

dre, para sobrevivir. La realidad ya no puede ser cambiada, el padre se ha marchado con una mujer de pelo "color caca", y sus débiles intentos por reconstruir el antiguo orden de las cosas no consiguen prosperar. La madre fracasa en sus propósitos de mantener la independencia, la hermosa casa de la infancia pasa a otras manos y se da inicio a la errancia. El mundo está allí, el nuevo mundo, armado con unas claves que no se pueden descifrar. Que no se quieren descifrar. Aparece el rechazo, la expulsión, la enfermedad, la venganza y el momento de la gran decisión es inminente. Sólo se trata de claudicar y convertirse en sombras lamentables, cada vez más encorvadas y doloridas, o de encontrar la clave para reinventar la realidad. Pero, como suele suceder con gran frecuencia, esto solo es posible si se afirma todo el peso del cuerpo sobre la durísima superficie del hondo bajo fondo desde donde no es posible descender un milímetro más. La nueva vida se puede imaginar al precio de planear contemplando, perfectamente vivos y asombrados, las cenizas humeantes del mundo que alguna vez se tuvo, pero del que ya no queda nada. O casi nada: la presencia de un fantasma que recorre despavorido la sabana de Bogotá.

Y así se hace. La risa debe regresar, con el placer de estar vivos y el asombro ante las tantas cosas nuevas que, pese a todo, siguen estando ahí, posibles para todos. Al alcance de la mano. Se acometen entonces viajes y aventuras. Se conocen personas, se inician relaciones, se busca la claridad. Pero sobre todo, como consecuencia y causa al mismo tiempo de este nuevo estado de ser que convierte al niño en tigre altivo y silencioso, a la niña en gato ágil de garras afiladas y a la madre en mujer joven, de nuevo, y luminosa, se persigue el olvido. El olvido del padre, de su rostro que no puede llorar, de su cuerpo desnudo que salta y grita enloquecido contra las vidrieras de la cocina. De su fantasma que planea y los busca, para impedirles la posibilidad de ser nuevos y felices. Pero de todos estos actores de aquel drama tan simple como tre-

mendo, a solo uno de ellos, al niño, le corresponde en suerte librar la batalla final. Y así lo hace. Y sale victorioso, porque el azar, la buena estrella, la casualidad, pero sobre todo el valor, consiguen transformar lo que fue un error garrafal en la mayor fuente de contento. Reían y reían y el niño-tigre-lobo no podía, al principio, comprenderlo. Si todo lo había estropeado, si la sombra, atraída por su error ya llegaba. Ya se enseñoreaba de todos y de todo. Pero no. Porque todos los adultos, todos, reían y aplaudían y gritaban de contento. Y era él, el niño-tigre-lobo, la causa de tamaña efusión.

Y entonces lo entiendo todo. La luz de las risotadas y la luz de mis oídos me hacen entender que esa música de acordeones y de gaitas y de guacharacas, la música del baile, es también otra música. Mi música. La misma de todas las otras vidas. No sé cómo consigo ponerme de pie, me tropiezo pero no me caigo, doy un último giro de cabeza para que la máscara vuelva a su lugar pero la máscara no quiere. Lo hago porque yo conozco mi música. La conozco bien. Soy un lobo y por dentro soy un niño al que le palpita el corazón y cuando por fin empiezo a bailar para que los grandes sigan riéndose soy también un tigre. Un tigre vivo, total, que ha decidido no comerse a nadie. Que ha decidido comérselos a todos en un gran baile de carcajadas.

La risa, dicen los filósofos, logra lo imposible. Vence sobre el enemigo más imponente, rasga la fortaleza más impenetrable, reblandece todas las resistencias y durezas. La risa logró deshacer la aparición, conjurar el peligro. Ya el fantasma, que estuvo a punto de señorear de nuevo la vida de todos, ha regresado a la paz de su olvido. Y todo es posible de nuevo.

Mediante un ejercicio poético de gran delicadeza Antonio Ungar desarrolla y resuelve su fábula. Pese a que algunos episodios como el titulado "Ojos celestes", podrían haber gozado de mayor ligereza y conten-

ción, la proporción general de la obra se mantiene y el lector puede deslizarse a través de sus peripecias con agilidad. La utilización de la primera persona, uno de los recursos narrativos más exigentes y peligrosos, alcanza sin embargo suficiente intimidad y concisión como para sostener la verosimilitud del relato. El drama cotidiano y generalizado de las empresas familiares que se fracturan en pedazos encuentra en este narrador minúsculo un punto de vista fresco y punzante, que privilegia el principio de afirmación vital sobre la tiranía de la muerte. Por otro lado, pese a la sorprendente presencia de erratas tipográficas que abundan mucho más de lo permisible, la propuesta editorial de Ediciones B, alcanza un claro nivel de compenetración con el espíritu desplegado en la novela, lo que, por supuesto, contribuye sensiblemente a la consolidación de ese clima de familiaridad que el texto consigue desplegar.

RAFAEL MAURICIO
MÉNDEZ B.

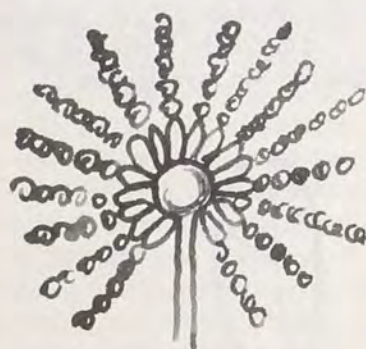
Un instrumento y dos mundos

El alma del acordeón
Ernesto McCausland
Intermedio Editores, Bogotá, 2007,
298 págs.

A sabiendas de que sus días se están agotando, Ana Polo, la hermana mayor del difunto Juancho Polo Valencia, quien fuera en vida acordeonero, cantor y parrandero legendario, toma una determinación de gran envergadura. De su propio puño y letra, y a pesar de saber que el finado Juancho Polo lo reprobaría drásticamente, escribió una misiva dirigida a la casa Honner, la productora de acordeones más importante de Alemania, con la esperanza de dar buena cuenta de un asunto que la vive atormentando.

*Señores
Honner
Alemania
Apreciados señores:
Soy hermana del acordeonero
Juancho Polo Valencia y desde
hace tiempo he querido escribir-
les para comentarles...*

Y así, de esta manera sencilla, la buena señora da inicio a una serie intrincada de acontecimientos que constituyen la trama de la novela *El alma del acordeón* escrita por Ernesto McCausland, y presentada bajo el sello editorial Intermedio Editores.



Las intenciones de la buena señora son muy concretas. Ella es depositaria del acordeón que Juancho Polo, su hermano, mantuvo consigo a lo largo y ancho de su larga carrera de cantor y parrandero, y luego de arduas deliberaciones ha decidido deshacerse de él y restituirlo a la casa matriz que lo fabricó en algún momento ya muy lejano. Se comunica entonces con la fábrica de acordeones Honner ofreciéndoles la tenencia del instrumento y solicitándole que alguno de sus empleados emprenda el viaje hasta Flores de María, su terruño natal, a fin de tomar posesión de él. Ahora bien, esta oferta, que podría suponerse como poco interesante a los ojos de una organización de la envergadura de la Honner, coincide con una circunstancia muy específica que transforma radicalmente la situación. En efecto, la otrora boyante industria de artefactos musicales, no ha podido responder adecuadamente a la ofensiva oriental que coloca en todos los mer-